

ra que sean copiadas por los alumnos, procurando que éstos, al hacerlo, tomen bien el pizarrín, y su cuerpo la postura debida, evitando así los vicios que generalmente adquieren los niños cuando no se les corrige oportunamente.

Una recitación y una descripción de estampa.

DÉCIMO MES.

Repaso general del curso.

México, 1900.

ARTICULO SEXTO.

LAS FIESTAS ESCOLARES.

LA PRIMERA FIESTA ESCOLAR EN MÉXICO.
UNA CARTA DEL SEÑOR SUBSECRETARIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

La nueva ley vigente de Instrucción Primaria Superior establece, en uno de sus preceptos, la obligación de cerrar los trabajos de fin de año con una fiesta escolar, solemne, aunque sencilla, y en la que sean únicos y principales actores los alumnos de las Escuelas respectivas.

Este género de espectáculos escolares, casi desconocido entre nosotros, no se había practicado jamás en las Escuelas nacionales primarias, con excepción de la Normal de Profesores de la Capital, en la que se han venido verificando, desde su fundación por el Sr. Lic. D. Miguel Serrano, hasta la fecha, fiestas de este género, el 24 de Febrero de cada año, en las que tomaban parte activa los alumnos, aunque intercalando siempre en sus programas números musicales y literarios desempeñados por celebridades en el arte musical y en la literatura.

Pero una fiesta netamente escolar, tal como ordena

la ley, sólo la hemos presenciado por primera vez en esta Capital el día 2 de Diciembre del presente año, organizada y dirigida por el Sr. Ingeniero D. Miguel F. Martínez, actual Director General de Instrucción primaria.

Comenzaba la segunda quincena del mes de Noviembre del presente año; el Sr. Martínez citó á los Inspectores y Directores de las Escuelas Superiores de la Capital, y en una junta presidida por él, les comunicó su proyecto para la primera fiesta escolar que debería verificarse conforme á la ley á fines del mes en curso, ó á más tardar el 1º ó 2 de Diciembre; nombró las comisiones respectivas, explicó con minuciosos detalles todos los números de su programa y ordenó que desde el día siguiente se diese principio al desempeño de cada comisión, tomando él á su cargo la difícil labor de Director general de la fiesta.

Terminada la junta, todos los funcionarios asistentes creyeron imposible la realización del pensamiento del Sr. Martínez, y su desconfianza fué tanta, que presintieron casi unánimemente un grande é irreparable fracaso. Faltaba á todos la fe en el éxito, y esto debilitaba sus voluntades, al grado de que se limitaron simplemente á obedecer las órdenes del superior, renunciando á toda iniciativa propia y limitándose á realizar fielmente los mandatos del Director que se transmitían y hacían cumplir por los comisionados respectivos.

Poco á poco la convicción del fracaso se fué transformando en escepticismo. Había quienes pensaban en un éxito probable; pero no lo aseguraban. El Sr. Martínez, imperturbable y sereno, y más que sereno lleno de fe, de una fe inquebrantable, no cesaba en dirigir personalmente los principales números del programa, con la paciencia propia del hombre de gran carácter,

que no duda, que no vacila, que ve con desprecio á los incrédulos, á los pobres de espíritu, á los que gozan con su propia indolencia, queriéndola imponer á los demás, empleando como medios de conquista la sonrisa burlesca, el sarcasmo insinuante, el epigrama de mal gusto y hasta el menosprecio insultante por los ideales nuevos, que por su elevación y grandeza no los sienten ni los aman, por lo mismo que no los conciben ni los comprenden.

La primera semana de estudio llegaba á su fin; una parte del programa se ensayaba en las Escuelas y otra en los salones de la Dirección General. El Sr. Martínez dispuso que en la semana siguiente se hiciesen ensayos generales en el Teatro Arbeu, y allí pudo notarse su actitud digna de Maestro, de hombre que todo lo ve, que todo lo observa y lo examina, que nada olvida, que tiene presente hasta el más insignificante detalle, que se fija tanto en lo fundamental como en lo accesorio; que manda con energía sin perder su carácter afable, que alienta á todos con frases de afecto, que aprovecha hasta el incidente baladí que surge en el momento del ensayo para gastar una broma de buen humor con sus empleados; en una palabra, que es adaptable, que es accesible, que es franco, que es sincero, que es leal, que habla lo que siente y siente lo que habla, que se hace amar y respetar, que tiende á todos la mano de amigo, pero sin quebrañtar nunca ni el deber, ni el honor, ni la justicia.

Así se exhibió el Sr. Martínez por primera vez entre los maestros, entre quienes se formó cohesión, se creó afecto, nació la solidaridad, los tímidos se alentaron, los soberbios se volvieron afables, los indolentes cambiaron su sonrisa volteriana por una seriedad inusitada en sus semblantes, los maestros serios tuvieron ocasión de ob-

servar de cerca á su jefe y pudieron, por convicción, conocerlo y estimarlo.

Se procedió al ensayo general el día 1º de Diciembre. El Teatro Arbeu estaba completamente lleno de un público en su mayor parte profesional. Todos los números del programa se fueron realizando en su orden respectivo. Los pequeños actores ostentaban ya sus trajes de gala, los mismos que iban á utilizar al día siguiente. La sorpresa fué completa, los maestros y el público en general aplaudían con frenesí, los niños actores sentían por vez primera en sus almitas infantiles los goces supremos del triunfo y de la gloria. El Sr. Martínez dirigía infatigable; sus comisionados trabajaban con placer y convicción, el público gozaba y los niños todos se colocaron á la altura de los papeles que representaban. El éxito quedó asegurado, nadie dudó del triunfo, al día siguiente asistiría á la representación un público selecto y la fiesta sería presidida por el señor Presidente de la República, á quien la dedicaron todos los alumnos de Instrucción Primaria Superior.

Llegó el 2 de Diciembre, el Teatro Arbeu presentaba también un lleno completo, lo más granado de nuestra sociedad mexicana, especialmente la clase más ilustrada de la Capital, y los más altos funcionarios del Gobierno. El Sr. General Porfirio Díaz, acompañado de los Sres. Secretario y Subsecretario de Instrucción Pública, Lics. Justino Fernández y Justo Sierra, ocupó con ellos el palco de honor. La fiesta comenzó con una brillante obertura por la orquesta del Conservatorio, que fué estrepitosamente aplaudida. Siguió el "Himno á la Escuela," precioso coro cantado por doscientos veinte niños y niñas de todas las Escuelas. La recitación coral de "El Payador," por cincuenta niñas, fué admirablemente interpretada, tanto en la acción como

en el tono y en el ritmo. El "Homenaje á la Ciencia" fué un cuadro alegórico hermosísimo, en el cual se tributaba por los niños el culto á la diosa Minerva, manifestado con ofrendas de coronas y flores, con recitaciones alusivas y terminando con un himno á la ciencia, cantado en coro por todos los alumnos. Los ejercicios militares y los ejercicios gimnásticos fueron escogidos y de magnífico efecto. El baile del "Minué," serio, gracioso y bien desempeñado. "El juego á la Cosmografía," científico, agradable y esencialmente educativo. "El asalto de Cuautla por Calleja el 19 de Febrero de 1812" fué un episodio histórico en el que figuraron Morelos, los Galeana y el valiente pequeñuelo Narciso Mendoza, que con su audacia y su valor salva el fuerte, disparando un cañón, con cuya hazaña logra ahuyentar á los realistas y alentar de nuevo á los insurgentes, estimulándolos con su ejemplo á la victoria. Termina el acto con el canto á la Patria, con las notas sonoras de nuestro hermoso Himno Nacional, cantado por los mil niños que concurren á la fiesta.

Las narraciones detalladas de todos y cada uno de los números de este interesante espectáculo fueron hechas por la prensa diaria de la Capital, y nada nuevo tendría que agregar á tantas y tan minuciosas crónicas, y sólo me limitaré en este artículo á hacer algunas breves reflexiones que la fiesta misma ha podido sugerirme. Desde luego llama la atención el interés que despertó en la sociedad, en ese galeoto inmenso, insaciable siempre de espectáculos nuevos y tan difícil de contentar y satisfacer; no obstante eso, el agrado fué unánime y completo: en los niños, en los jóvenes y en los hombres serios y maduros.

Para los niños fué el momento en que se les despertaron por vez primera sus energías dormidas, en que

se les invitó á vivir la vida completa: desarrollo físico, desarrollo mental, emociones vivas de intenso placer y de inusitada alegría; manifestáronse sus sentimientos egoístas y altruistas; su orgullo noble de niños, su vanidad simpática de hombres en ciernes; pero orgullo y vanidad basados en los propios méritos conquistados por la perseverancia y el trabajo; su amor por la vida, su veneración y respeto por la Patria y por sus héroes; hubo en ellos arranques de valor, manifestaciones de prudencia y de constancia, y si así se continúa por estos medios de placer, de goce y de felicidad, desarrollando esos organismos débiles, esos cerebritos enfermos que piden á gritos salud, fuerza y funcionamiento efectivo de sus atrofiadas facultades, serán sin duda esos niños enclenques de hoy, los hombres vigorosos de mañana, elementos de riqueza individual y colectiva, y unidades sociales de conservación nacional para la Patria y de progreso indefinido para la humanidad.

En los jóvenes no dejó de operarse una influencia semejante que en los niños. La juventud en todos los grupos sociales presenta siempre los caracteres de una idiosincrasia simpática, aunque extravagante y rara; son metafísicos y soñadores por excelencia; la realidad para ellos es el fruto de su imaginación calenturienta y vehemente; son descontentos por temperamento y volubles por carácter, fácilmente accesibles á todos los idealismos, á todos los sueños color de rosa, á todas las creaciones fantásticas de realidades desconocidas; deifican á sus ídolos para crucificarlos luego, su vida es un presente continuo en el que exhuman ideales viejos que disfrazan de novedosa apariencia; son ambiciosos de gloria que no conquistan, alientan aspiraciones gigantes que se convierten en sueños de realización imposible, abusan siempre de su cerebro haciéndolo produ-

cir á cada instante, aun cuando sus producciones no sean más que hijos monstruos que aman hoy y mañana odian, engendros fatales de su imaginación, de su inexperiencia y de su lirismo; en una palabra, los jóvenes que aún no han disfrutado todavía los inestimables bienes de la educación moderna, son por desgracia unos locos, locos de buena fe, locos inconscientes, locos que ingieren y no asimilan, enfermos regenerables, si acaso pueden resistir la enorme lucha que les preparan con formidable empuje las nuevas generaciones, las generaciones directoras del porvenir. La fiesta escolar de este año ha regenerado á muchos de estos jóvenes irresponsables y que acabamos de bosquejar, y el Sr. Martínez ha recibido de ellos numerosas muestras inequívocas de adhesión y de simpatía, y más que todo, han hecho su confesión de fe en la obra nueva del Sr. Martínez, declarándose con su conducta vencidos ya y partidarios adictos, que le acompañarán sin duda en los nuevos y amplios senderos abiertos por él á la Escuela Mexicana, á la escuela del porvenir.

Pero si mucho debe satisfacer al Sr. Martínez ver desfilar ante sí gustosos á los niños á quienes ama de corazón y cuyo amor ellos corresponden ovacionándolo tiernamente; á los jóvenes que le han ofrecido su ayuda leal y sincera en su noble labor y en su trabajo, ¿cómo no deberá llenarle de orgullo, de orgullo legítimo, de satisfacción inmensa, ver á sus correligionarios, á sus coetáneos, á los hombres maduros que comulgan con los mismos ideales que él, á sus hermanos en ideas, como cariñosamente los llama, á los que ya no sienten sobre sí el yugo avasallador de la tradición que se impone, ni tampoco se grían por las ilusiones ni por los sueños que pasan, sino que se nutren de la verdad científica, que son los positivistas actuales, los

que desechan el error, que combaten la duda para sustituirla con la convicción, que suspenden su juicio acerca de las cosas hasta conocerlas y observarlas, que sólo hablan en presencia de los hechos mismos, para elevarlos después á la categoría de ley y constituir con el conjunto de leyes sancionadas el sublime código de la Naturaleza; los que por decirlo así, son capaces de desmenuzar la ciencia en principios, los principios en fenómenos y los fenómenos en realidades; los que tienen como norma de su vida el culto del honor y la religión de la dignidad, sentimientos elevadísimos que sólo aparecen cuando existe la convicción científica, que es la única que puede dar origen al verdadero afecto, á la estimación sincera y al respeto profundo hacia los hombres de indiscutible mérito. Pues bien, estos hombres serios y maduros, han tributado al Sr. Martínez los homenajes justísimos que se ha conquistado con su labor y con su trabajo.

Además de la sociedad entera, en la que debe incluirse el Profesorado, ha recibido el Sr. Martínez las más cordiales felicitaciones del Gobierno, las palabras de aliento del Primer Magistrado de la Nación, los conceptos afectuosos del Sr. Ministro de Justicia y las elocuentes frases del Sr. Subsecretario de Instrucción Pública. ¡Ojalá y no desmaye el Sr. Martínez en la obra magna que ha emprendido y continúe con el éxito que hoy, en lo venidero, llamando la atención de la sociedad y del Gobierno hacia la noble y trascendental labor del Maestro de Escuela, y que este primer esfuerzo intentado con vigoroso empuje por el Sr. Martínez, venga á servir como de pedestal incommovible sobre el que descansa en el porvenir, el grandioso principio de la dignificación y de la honra del Profesorado Nacional de la República.

No cerraremos este artículo sin copiar antes aquí algunos pensamientos del Sr. Ingeniero D. Miguel F. Martínez acerca de las fiestas escolares, y cuyos conceptos, escritos en Monterrey, se refieren á una fiesta escolar verificada en aquella capital y organizada también por el Sr. Martínez. En estos conceptos se verá con claridad ¡cuánta diferencia existe entre las antiguas fiestas escolares ó distribuciones de premios y las modernas que han comenzado á implantarse entre nosotros!

“Gratísima fué la impresión que dejó el festival con que las escuelas de esta ciudad celebraron el fin del presente año escolar. Y si para la concurrencia, que podríamos llamar extraña, fué amena é interesante la nueva *Fiesta Escolar*, ¡cuánto más no lo habrá sido para los padres de familia cuyos hijos tomaron parte en ella; y cuánto no lo sería, sobre todo, para los mismos niños que, ya teniendo alguna intervención en el acto, ó ya contemplando extasiados á sus compañeros, sintieron dilatarse sus tiernos corazones á la mágica influencia de la palabra inspirada, de los alegres cantos, de las entusiastas marchas, de los vistosos trajes, de todo aquel conjunto de luz y de armonías, que lo mismo halagaba dulcemente los sentidos, como conmovía profundamente el alma!...

¡Cuántos de aquellos niños, á cuyas familias agobia la miseria, sentirían por vez primera levantarse su abatido espíritu á la acción vivificadora de los goces que ofrecen los superiores medios de la civilización!...

¡Para cuántos de aquellos pobres niños sería aquella tarde feliz, un brillante paréntesis en la densa obscuridad de una vida de amarguras y de privaciones!...

Decimos esto, porque debe entenderse que se trata

de los hijos del pueblo, en el cual hay tanta gente desvalida.

¡Dichosos los niños que hoy encuentran en la escuela, cualquiera que sea su condición, no sólo el pan del saber, sino el néctar de una relativa felicidad!...

No concluiremos sin llamar la atención pública, sobre la grande superioridad que sobre las antiguas *Distribuciones de premios* tienen las *Fiestas Escolares* actualmente establecidas entre nosotros. Tales fiestas vienen á corregir un error trascendentalísimo, que por mucho tiempo ha imperado en la educación: el empleo de los *premios individuales* como medio de disciplina escolar. Estas *Fiestas* á la vez que descartan de la educación un móvil tan bajo como es la vanidad ó el interés, ofrecen á los niños todos, al fin de sus trabajos anuales, unos momentos de provechosa distracción, que no sólo proporcionan saludable esparcimiento al espíritu fatigado por las tareas escolares, sino que contribuyen notablemente á la cultura de los niños, poniéndolos en contacto con la sociedad ante la cual comparecen debidamente preparados, á exponer sus trabajos literarios ó artísticos, trabajos que por sí solos entrañan un positivo adelanto.

Las distribuciones de *premios individuales* se consideran hoy perjudiciales, porque con ellas se inclina á los niños, á que sólo cumplan con sus deberes escolares cuando tengan en expectativa una distinción sobre sus compañeros ó alguna recompensa material. Cualquiera de estos móviles no hace más que falsear la idea del deber, desarrollando á la vez, como ya hemos dicho, la vanidad ó el interés en los tiernos corazones infantiles.

La escuela debe inculcar en el niño la verdadera idea del deber, la que sólo se tiene cuando los móviles á que

obedece lo conducta son nobles y elevados. Por eso debe desterrarse de las escuelas todo lo que tienda á favorecer el amor propio, el egoísmo en cualquiera forma, y por consiguiente *los premios*, por tanto tiempo apreciados, principalmente si se distribuyen con ostentación. Y no sólo perjudican éstos á los niños que los reciben, sino que son fuentes de diversos males en toda la escuela. Engendran sentimientos de *envidia* en los no favorecidos, y producen *antagonismos* enojosos; ó cuando menos llevan el *desaliento* á la mayor parte de los que á pesar de sus grandes esfuerzos no pueden conquistar la deseada recompensa.

Las distinciones ó premios ocasionan, por otra parte, grandes mortificaciones, si no verdaderos sufrimientos, á la generalidad de los padres de familia. ¡Cuántos de éstos ven á sus hijos que trabajan, que se afanan, les reconocen talento, los observan virtuosos, y al ver que al fin de año no obtuvieron un premio, los consideran víctimas de una injusticia, porque no pueden apreciar la relación en que aquéllos se hallan respecto de sus demás compañeros de clase, relación que es la que decide de los honores escolares.

Los niños no son los hombres á quienes la sociedad paga ó recompensa sus trabajos de conformidad con la importancia ó carácter de éstos. Los niños trabajan para su propio perfeccionamiento.

Además, son los elementos que se organizan apenas, para entrar en la lucha con un mundo en que son mayores los sinsabores que las dichas. Respetemos esa edad dichosa; no amarguemos los primeros instantes de la vida, emponzoñando los corazones infantiles con discordias y con lágrimas; no les anticipemos las miserias que más tarde han de encontrar.

Que la escuela sea el templo en que para todos ha-

ya amor y bendiciones; donde siempre impere la paz y la alegría; donde todos los esfuerzos hacia el bien sean estimados.

Si queremos la dicha de los niños, no mezclemos las sonrisas de unos en sus triunfos, con las lágrimas de los otros en sus decepciones.

A tales fines obedece, principalmente, la institución de las FIESTAS ESCOLARES, las que ya se han realizado, tanto en nuestra capital como en la mayor parte de los pueblos del Estado, con beneplácito general de los ciudadanos y con júbilo inmenso por parte de los niños.—*Miguel F. Martínez.*"



Vamos á cerrar las páginas de este artículo, insertan-
tenga la interesante carta particular que el Sr. Li-
cenciado Don Justo Sierra, Subsecretario de Instruc-
ción Pública, dirigió al Sr. Martínez, felicitándolo por
el éxito obtenido en la primera fiesta. La carta á que
nos referimos dice lo siguiente:

"Sr. Senador Don Miguel F. Martínez, Director de la
Instrucción Primaria.—Presente.

Mi querido amigo:

Me creo en el deber de dar á vd. un testimonio du-
radero de la profunda satisfacción que á todos en este
departamento, y á mí singularmente, nos ha causado
el éxito feliz de las fiestas escolares debidas á la insis-
tente iniciativa de vd. y de nuestro sabio y buen ami-
go el Sr. Rébsamen: es el objeto de esta carta.

Todo ha sido excelente en este primer ensayo, y me
arriesgo sin temor á hacer en este caso, fácil papel

de profeta, augurándole que en pocos años las fiestas
escolares figurarán entre las más ansiosamente espera-
das y más fervientemente aplaudidas de las fiestas so-
ciales; serán arcos de triunfo hechos de flores, aplau-
sos y risas puestos al paso de las generaciones niñas
que se ponen de pie jugando y se ponen en marcha
cantando su alegre saludo al porvenir; hay algo en es-
tas fiestas, de nidos que despiertan, de aves que ensa-
yan el vuelo, de rumor de vida en flor á los primeros
albores de la aurora, á los primeros besos calientes del
sol de germinal.

No sé si alguna vez prevalecerá en las decisiones del
Gobierno la idea de vdes. y de los mejores pedagogos
contemporáneos, de substituir los premios en las escue-
las primarias con fiestas escolares. Lo deseo de veras,
porque creo que tratándose de niños menores de doce
años particularmente, no son los premios un buen fac-
tor de educación moral, que es, para nosotros, lo pri-
mero. El tedio, la envidia, la vergüenza que suelen
causar á la casi totalidad de un grupo escolar, el con-
tento, la satisfacción y la vanidad del alumno premia-
do, no son un estímulo suficiente y sí un mal germen
de pasiones inferiores que pueden llegar á ser profun-
damente antisociales si se desenvuelven en el corazón
de los niños en el sentido de su impulso. ¡Cuánto me-
jor es la fiesta escolar, toda de solidaridad fraternal y
de promoción de sentimientos buenos, sobre todo si se
le añaden noticias muy breves y muy claras, en eso
consiste su elocuencia, del esfuerzo hecho por cada
grupo y del resultado obtenido!

Pero mientras alcanzamos ese ideal, contentémonos
con fomentar la buena semilla por vd. sembrada: el
amor á la ciencia, el amor á la escuela, prolongación
de la familia, y el amor á la patria, son las tres luces.

simbólicas de la lámpara del santuario, con que iluminamos cada cerebro, que encendemos en cada corazón. En estos tres amores basamos nuestra educación moral, y como se ve, á pesar de ser "laica" la escuela que de esto se nutre, no por ello deja de ser religiosa; porque si tratamos de hacer de la ciencia la admiración suprema del niño, y de la escuela y la familia su cariño más hondo, y del amor á la Patria un culto, claro es que cultivamos un sentimiento religioso, puesto que llamamos al espíritu infantil hacia las más altas cimas y le ayudamos á ensayar el vuelo.

Pero hay otra más alta, dicen los obligados adversarios de la escuela laica, hay la cima de Dios; no lo niego. Pero para llegar allí no se oponen las alas que nosotros damos, al contrario; para llegar allí precisa la fe; y desde este instante la escuela tiene que dejar intacta su acción á la familia, al sacerdote, á la Iglesia, sea cual fuere. La Escuela no puede dictar su deber á los padres; le basta cumplir con no estorbarles cumplirlo.

Hemos puesto en contacto íntimo á la sociedad con la Escuela, con la incubadora en que se forma su futuro, y este contacto ha sido lleno de emoción, de júbilo y aplauso. Ha visto una parte de lo que hacemos, es decir, de lo que hacéis vosotros; se ha convencido y se persuadirá más y más de que cuando hablamos de preparar el porvenir, no "hacemos" retórica, sino labor seria y cierta y labor santa. Así todos acabarán por tendernos los brazos, todos coadyuvarán en nuestras tareas, todos facilitarán nuestro camino.

Antes de despedirme de vd., le transmito una recomendación del Sr. Presidente. Desea que así como en las escuelas de educación religiosa, católicas ó protestantes, reúne el maestro á los niños antes de comen-

zar los trabajos del día y junta sus vocecitas infantiles en una sola oración, así nosotros en nuestras escuelas hagamos que se reúnan los niños y canten el Himno Nacional, este canto divino á la Patria, todos los días, sin perder uno; ésta será nuestra plegaria cívica.

Reitérole mis plácemes y le ruego se los transmita en mi nombre á sus valientes y abnegados colaboradores, los inspectores, directores y maestros, sin quienes nada habríamos podido hacer; sólo nosotros sabemos lo que son, lo que luchan y lo que valen. ¿Quién no se sentiría orgulloso de ser jefe de estado mayor de un cuerpo de ejército como éste, cuya bandera llevamos?

Su amigo y compañero afectísimo.—*Justo Sierra.*"

México, 1902.